

V

He leído que los romanos, para quitar á sus hijos el vicio de la borrachera, hartaban de vino á un esclavo, y así, completamente beodo, se lo enseñaban, demostrándoles experimentalmente la fealdad y abyección á que se expone el que se deja dominar por sus pasiones desenfrenadas. Con un fin análogo (no lo tomen ustedes á mala parte) di yo este año en cultivar esmeradamente la amistad de mi convecino y ya antiguo amigo D. Benicio Neira, el caso más caracterizado de paternidad que entre mis relaciones conozco. Su vista, su lastimoso ejemplo, me parece que bastan para curar de tentaciones conyugales al más dejado de la mano de Dios, y creo que contribuirán á sacarme bien del difícil período que atravieso, antes de llegar al puerto de la calma definitiva.

Este D. Benicio Neira es un propietario, de la provincia de Lugo, de buen linaje, dueño de una mediana hacienda, suficiente para que él

solo se diese una vida de archipámpano, como la que se da un servidor de ustedes, ó mejor todavía. Pero mi hombre, á la edad de veintitrés ó veinticuatro, no tuvo labor de más prisa que casarse, y desde entonces pesan sobre él mil y una calamidades, y su vida es un prolongado purgatorio, aunque á ratos lo niega y se alaba de haber encontrado fruiciones especiales en su terrible calvario.

Tuvo D. Bonifacio una esposa... Si consultan ustedes á las nueve décimas partes de los doctores que hablan de estas cuestiones de matrimonio lo mismo que hablarían de plantar espárragos, la mujer le *salió buena* á D. Benicio. Y en efecto: ella ni se la pegaba á su esposo (¡Dios nos libre! quizá no encontraría cómplice), ni derrochó la renta. ni fué amiga de lujos; antes bien pecó de tacaña, según he oído por ahí. Pero también cuentan que traía á su marido en un puño; que le armaba broncas fenomenales, de puertas adentro, por celos, por avaricia, por manías que la entraban, y que don Benicio no se atrevía ni á respirar, hasta que poco á poco fué convirtiéndose en un sumiso, en un calzonazos, y se demostró una vez más que el matrimonio es incompatible con la dignidad del hombre.

Además, la infernal señora tenía el vicio de parir, y parió hasta los últimos instantes de su vida, dejándole al esposo una tribu, en la cual dominó el elemento femenino: de doce vástagos que *le viven* al pobre, once son hembras. Por no perder la costumbre, poco antes de su

muerte la señora de Neira obsequió al esposo con unas robustas mellizas, lo cual pica en historia. Gracias que de estas mellizas se hizo cargo una señora andaluza, aquella famosa doña Milagros, la de la historia trágica—y como hijas suyas las tiene y cuida allá en Barcelona el matrimonio Llanes, que no ha sido floja ganga para D. Benicio.

Lo que le resta de prole basta para que el desdichado sufra continuos ahogos y miserias, sin saber cómo hacer frente, no al día de mañana, sino al de hoy, con sus exigencias de tienda y mercado. Si D. Benicio no fuese al mismo tiempo una persona tan regular, tan digna (lo es, no cabe duda), su amistad rayaría en peligrosa, pues suele verse con el agua al cuello, y en esos casos se pierde la vergüenza. Pero hagámosle plena justicia: D. Benicio es incapaz de *sablazo*. Como en el Casino (él no va á la Pecera, que considera centro de gente joven) suelen tomarle en broma, y yo le defiendo y saco la cara por él y le espanto los chuscos bobos, el infeliz me quiere, y me ha elegido para paño de lágrimas.

—Mire usted, D. Mauro—suele decirme—estoy tan acostumbrado á confiarle á usted mis penas, que si no lo hago, reviento. El espíritu necesita expansión, y como usted es discreto y formal, se le puede contar todo. ¡Ay, don Mauro; usted es el hombre feliz! Usted ha resuelto el problema. Porque los desprevenidos y los cándidos hemos entrado en el mundo como actores, y usted, que la entiende, se ha para-

petado detrás de un cristalito semejante al de la Pecera, para aislarse bien y ver desde el burladero cómo á los demás nos corren, nos pican, nos banderillean y nos rematan... Sus amigos no debían llamarle en chanza el *Abad*, sino el *Espectador*. Para usted, la perra vida es un espectáculo.

—Puede que tenga usted razón, D. Benicio—le contesto yo—. En efecto; procuro tomar este mundo como una comedia, y lo es, créame usted; ó mejor dicho una farsa, un fandango suicio. Sin embargo, tenga usted por cierto que, si asistimos á la ópera, todos volvemos á casa tarareando; y en la mojiganga del vivir, á todos se nos ocurre salir á las tablas á echar nuestra relación... aunque sepamos que á la vuelta está la silba.

—Dichoso quien se reprime presintiendo los patatazos—suspira Neira encogiéndose resignadamente de hombros—. Para mí, cada salida... un chillido.

—¿Cambiaría usted su suerte si pudiese?

—Pues ahí tiene usted lo extraño: se me figura que no la cambiaría. Es cierto que he sufrido y sufro muchas penas, como que tengo diez ó doce corazones donde sentir las; pero también tengo otros tantos para gozar y deleitarme en esa cosa inefable y rara, en esa prolongación de nosotros mismos que se llama la paternidad. ¡Ah, sí! He experimentado placeres que usted no puede sospechar siquiera. En cuanto á dolores... ¡Mire usted que ver estrellado en la calle á mi mayorcito, á una criatura que

era un pasmo de talento! ¡Ahora sería, lo menos, ministro! Aquel muertecito lo veo yo siempre apenas cierro los ojos... aquel muertecito llama por mí...!

—Nada, que tiene usted vocación de mártir.

—De padre, que es igual—respondió melancólicamente el corazón de manteca.

—En cambio, posee usted unas hijas superiores.

—Favor que usted las dispensa—respondió él babándose, con el rostro dilatado y tal expresión de dicha, que entendí que no mentía al asegurar que la paternidad, en medio de sus calvarios, proporciona goces generosos que no comprendemos los que vivimos acorazados en nuestra prudente abstención.

—Pero—añadió el padre—calcule usted los desvelos que cuestan tantas hijas en edad de establecerse... y los que dan las que ya se establecieron, que es la más negra. ¿No parece increíble que teniendo yo siete chicas conmigo, no me pueda habituar á la ausencia de Clara, de mi Clara, sabiendo como sé que es dichosa bajo sus tocas de benedictina? ¡Mi Clara! ¡Tan parecida la pobre á mi difunta Ilduara; tan seria, tan decente, tan formal, tan persona como era mi Clarita! Nada; ella comprendió que una señorita, ó se casa con arreglo á su clase..., ó no se casa, y decidió tomar el velo, conservando su dignidad, su posición, su señorío... lo que ha recibido en la cuna. Las Benedictinas de Compostela son muy damas, no crea usted... Ellas ni guisan, ni barren, ni se dedican á otros me-

nesteres bajos: tienen sus legas servidoras. Rezar en el coro y preparar esas mermeladas exquisitas que hacen chuparse los dedos... son las ocupaciones de las Benedictinas. Clara, con su tacto y su buen juicio, se ha creado tal atmósfera en el convento, que si llega á faltar la madre abadesa, que es una anciana de más de ochenta años, creen todos que la reemplazará mi hija.

Y D. Benicio sonrió con la misma complacencia babosa é infantil que había demostrado antes al escuchar que yo llamaba á sus otras hijas *superiores*.

—¿Y cómo le va á Tula en su nuevo estado?—pregunté sabiendo que ésta era la pena que más le gustaba comunicar y explayar á D. Benicio.

—¡No me hable usted!—respondió próximo á hacer pucheros—. ¡Esa tontuela es la que nos ha matado á todos! A no verlo, jamás hubiese creído posible en lo humano que mi Gertrudis, la mayor, la que había heredado de mi esposa un bien entendido orgullo y una extraordinaria rigidez de carácter, y había sido amamantada en los más austeros principios y en las doctrinas más rigurosas, fuese á caer así, ... ¿y con quién? Usted no lo ignora... A mí me repugna pronunciarlo.

—Es el hijo de aquel barbero Redondo, ¿verdad?

—Sí, ese infeliz... por no llamarle otra cosa más dura... Un pintorchejo de puertas y ventanas, un artesano, un hombre sin educación y

sin principios, que trata á zapatazos á mi hija... ¡Ah! ¡Qué castigo tan cruel y tan largo para un momentáneo error!

—El más castigado creo que habrá sido su bolsillo de usted.

—¡Figúrese!—gimió el padre—. A cada apuro (y los apuros son diarios), se acude á mí. Para arrimar el puchero á la lumbre tengo que suministrar los garbanzos y la verdura. El marido de mi hija, á pretexto de que casó con una señorita, se ha tumbado á la bartola, desdenando el trabajo manual. Dice que debo brujulearle un destino, ¡yo, que jamás me he mezclado en política! Y los tiempos, cada día peores; los impuestos subiendo, los frutos bajando, los ingleses sin comprarnos ganado, porque creen que tiene la *glosopeda*... Todo mal, todo desastroso... ¿Sabeusted lo que se me ocurre con suma frecuencia? Que mi yerno me enseñe á pintar puertas y ventanas; me dedico á eso, y le dejo á él que dirija mi hacienda y tape con ella los agujeros que tapo yo.

Y el pobre se quedaba con los ojos fijos en el suelo, mirándose á las puntas de las botas. Su estado de ánimo verdaderamente infundía compasión. Porque yo sabía que, á pesar de la gran confianza que depositaba en mí, no me contaba ni la mitad de las tribulaciones, de los secretillos de familia. ¿Cómo había de hablarme, por ejemplo, de las manías de aquella seductora histórica María Ramona, *Argos divina*, que tiempos atrás era la más exaltada mística y no sabía salir de la iglesia ni desviarse de la reja

del confesonario, y ahora, habiendo pasado de extremo á extremo con la volubilidad propia de su desequilibrado temperamento, no pensaba sino en ventaneo, carteo, romanzas, dúos y aporreaduras de piano? ¿Cómo hablarle de la derrochadora Rosa, que en trapos y moños se gastaba lo que no tenía ni había de tener nunca, mientras su padre iba hipotecando la mitad de sus rentas al implacable Baltasar Sobrado, que le prestaba primero sobre los lugares de Cardobre, y después sobre otros no menos saneados y productivos? ¿Cómo recordarle su mayor contrariedad, la ineptitud para el estudio del único hijo varón que tenía la familia, aquel Froilancito tan inútil, al cual ni á pescozones se le convencía de que abriese un libro? ¿Cómo insinuarle nada acerca de la extravagante *Feita*, otra insensata de diferente temple que *Argos*—, una de esas calamidades domésticas que es imposible clasificar?

Lo cierto es que Neira, después de arrancar del pecho un lastimado suspiro, exhaló estas quejas tristes:

—Lo que yo quisiera haber sido, si el destino de los hombres se pudiese escoger, sería fraile. Profunda tranquilidad debe de gozarse en el claustro, y cuando pienso que con dominar una pizca mis pasiones hubiese vivido tan libre de angustias, me conceptúo un bolo...

—Se puede ser casi fraile en el siglo, D. Benicio. Míreme usted á mí.

—No crea usted que lamento principalmente mis propios disgustos. Conozco que el eje de mis

sentimientos está fuera de mí: yo *siento* y *sufro* por ellas, por el porvenir que las aguarda si no encuentran marido, por la estrechez que han de padecer cuando yo falte... ¡ó quién sabe si antes!

—No hay que acongojarse. Acaso encuentren el día menos pensado una excelente proporción. Por ahí dicen con gran insistencia que á Baltasar Sobrado le marea Rosa. Ya ve usted que eso resolvería en gran parte el problema.

Don Benicio, al oír esto, se puso blanco de emoción. Sin duda, él había pensado mil veces en la contingencia de que cayese el millonario yerno, pero como se piensa en que nos caiga el premio mayor de la lotería, cuando ni hemos jugado siquiera. Y con un acento que redobló mi lástima, pronunció esta frase expresiva:

— ¡San Antonio glorioso!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

VI

Por entonces daba yo desenlace á uno de aquellos consabidos idilios prematrimoniales cuyas emociones describí, y encontrándome libre otra vez, alegre y melancólico juntamente, como el ave que ha logrado evadirse de una jaula linda y bien surtida de lechuga apetitosa, me dejé inducir á frecuentar la tertulia de absoluta confianza que formaban las hijas de don Benicio y dos ó tres amiguitas, reforzadas con media docena de amigos, entre los cuales se contaban Baltasar Sobrado y León Cabello, el *virtuoso* marinedino, como solía llamarle Primo Cova. La tertulia era entre anodina y familiar; había mucha labor de gancho, excesivo aporreamiento de piano, y algún tortoleo en los rincones; todos sabíamos que Baltasar Sobrado, «ponía los puntos» á Rosa; pero lo hacía con tan diestra maña y tal estrategia de cotorrón experto, que era difícil predecir si se dejaría coger en las blandas redes conyugales.

Yo también estaba á salvo, pues nunca se me había ocurrido *dedicarme* á ninguna de las niñas de Neira, creo que por respeto ó conmisericordia hacia su padre, al cual me pesaría mucho de ocasionar la más mínima desazón. Era este un sentimiento puro, altruista, que yo cultivaba para tener el derecho de afirmar que mi alma no está desecada por el egoísmo. Lejos de atraerme á la tertulia de Neira los tortuosos y maquiavélicos planes que, sin duda, llevaban allí á Sobrado, me condujo el interés por el estudio de las miserias de la paternidad, y la sospecha de que algún drama fértil en peripecias y en lances hondos iba á representarse en aquel hogar tranquilo en la superficie, pero interiormente trabajado por las pasiones y los anhelos de varias mujeres jóvenes, bellas y sedientas de vivir.

Tal vez sabía yo más que el mismo Neira de lo que allí latía y se agitaba. Sabíalo, no sólo por las indiscreciones de Primo Cova, por dichos de la gente, por antecedentes históricos, sino por detalles, pormenores y hechos que sorprendía mi ojeada investigadora de desapasionado curioso. Lo que no observaba el ciego padre, me saltaba á mí á la vista, y declaro que mi honrado propósito era enterarle, si se terciaba la ocasión, cuando me pareciese llegado el momento de que interviniendo la autoridad se evitase tal vez una gran desventura, algún irreparable bochorno. Al entrar en aquella casa como antojadizo y frío *espectador*, podía también (y esto calmaba en alto grado los escrí-

pulos de mi conciencia), ser útil al excelente D. Benicio, salvarle de peligros que yo presentía y él era muy capaz de no sospechar si quiera. Lo demostraba la benditez con que se había dejado engañar por la hipocritona aquella de Tula, que bajo su capa de soberbia y desdén, bajo sus alardes de rigidez y sus asquillos púdicos, encubría unas ganas rabiosas de encontrar marido, á cualquier precio y de cualquier clase ó género que fuese, y el propósito firme de agarrarse á lo primero que saliera, como lo efectuó en las barbas del confiado padre.

Por esa especie de fuero que lleva consigo el derecho de primogenitura, la hija que empuñaba hoy la batuta en casa de D. Benicio era María Rosa, pues de las dos mayores, Tula ya estaba casada y vivía con su calamidad de marido en una casa humildísima del barrio del Faro, y Clara, la segunda, paseaba sus majestuosos hábitos por el claustro de las Benedictinas de Compostela. Rosa, pues, había asumido el gobierno de la casa, y cierto que no pudo caer en peores manos tan delicada misión. Era Rosa una de esas mujeres fatales y vitandas, de quienes sé dijo con expresiva frase que son como el toro, que acuden más al trapo que al hombre. Sólo al ver las locuras que los varones cometen por una hembra se comprenden las que son capaces de cometer las hembras por un pedazo de tela bonita: pasión infinitamente más violenta y terrible que la afición amorosa, aun cuando parezca que de ella nace y se origina, y que á no mediar el deseo de agradarnos

BIBLIOTECA ALFONSO X el Sabio

á nosotros, no se compondría la mujer: pero y-he llegado á creer que está es una de las muochas infundadas fatuidades masculinas, y que la mujer no se compone per nosotros, sino más bien por el gusto de componerse y emperifollarse, por el arte puro; y quizá, caso de impulsarla un móvil interesado, la impulse, antes que el ansia de conquistarnos, el deseo de lucir, de brillar entre las amigas, de eclipsar á las otras mujeres y que éstas rabien de envidia y de vanidad mortificada...

A no dudarlo, Rosa era un *caso* de estos, caso de estudio, invasión total de la enfermedad traperera. Altísima fiebre la abrasaba al ponerse en contacto con cintas y moños. Su vida no tenía más clave ni más norma que el tocado y el vestido. Si volviésemos al estado paradisíaco, á la cándida desnudez de la aurora del mundo, Rosa, con su blanca mano, ensartaría las primeras conchas para el primer collar bárbaro, ó tejería la primer guirnalda de silvestres flores.

Hay que decir que Rosa era una belleza soberana. A la edad de veinticinco años que contaba cuando yo me metí á observador y figón en casa de las Neiras, Rosa podía arrostrar la comparación con las más celebradas hermosuras. No tenía tipo marcado: ni era rubia, ni pelinegra, sino de abundoso pelo castaño con reflejos dorados, y garzos ojos que se oscurecían ó irradiaban espléndidamente según la cantidad de luz que recogían: su magnífica tez tampoco podía clasificarse entre las blancas ni en-

tre las morenas, pues en ellas se combinaban varios tonos finos y ricos, mezcla suave y maravillosa de sonrosados, de carmines, de nácares y de ágatas lustrosas y tersas. Tampoco la distinguía especialmente la estatura, que no pasaba de mediana, verdadera estatura femenil, pues la mujer demasiado alta parece que sobrepuja á su sexo. Las líneas del cuerpo de Rosa delataban una morbidez exquisita, tan distante de la obesidad como de la delgadez; una plenitud de carnes que no atentaba en lo más mínimo á la gracia y á la agilidad de los movimientos, á la esbeltez del talle, á la delicadeza de pies y manos, á la longitud de la tornátil garganta. Si hubiese que poner algún defecto á Rosa (pues no existe belleza intachable), sería que su rostro, tan lindo, tan bien coloreado y modelado por la naturaleza, expresaba poco; era un rostro vacío. Se diría que lo vano y fútil de las preocupaciones de tocador, únicas que en el cerebro se aposentaban, imprimía huella en la faz, y que Rosa, en ciertos momentos, sobre todo cuando no la animaba el reír ó no resplandecía en su cara la vanidad satisfecha, se parecía á las perfectas muñecas de cera que se ven en los escaparates de las peluquerías exhibiendo el último peinado ó el más reciente adorno de plumas y flores artificiales.

En Marineda se criticaba acerbamente el «lujo asiático» que había dado en gastar la hija de D. Benicio Neira. Las devotas amigas de saber vidas ajenas, como Zoe Martínez Orante y Regaladita Sanz, se hacían lenguas del de-

roche, boato y locuras de aquella muchacha. «Nunca lleva dos veces seguidas el mismo traje», suspiraban levantando los ojos al cielo. «Ahí está — añadían — Remedios Veniales, que ha tenido la curiosidad de contarle los trajes á Rosa Neira, y ¿cuántos dirá usted que resultan? Resultan quince, ¡quince!, todos de seda ó de raso; y á proporción, los abrigos, los gorros (aún hay en Marineda quien llama así á los sombreros), los guantes, los abanicos, el calzado y todo lo demás... Me consta (aquí bajaban la voz las noticieras) que compró en *La Ciudad de Londres* — ¿no sabe usted? ¿esa tienda que dicen que facilitó para ella los fondos Sobrado? — unos encajes anchísimos, soberbios, para enaguas y peinadores. Nada, igual que una novia... ¡Cómo está el mundo, hija! Pasan las cosas que se ven... ¿Y de dónde saldrán esas misas? Al padre parece que ya sólo le falta por hipotecar las narices...»

Aunque es fama que los hombres no entienden de trapos, he creído siempre que eso es como lo de las casas desordenadas que, en opinión del vulgo, deben tener los solteros; y me confirmo en que no es privativo del sexo femenino entender de trapos, cuando noto que los árbitros de la moda son los señores modistos. Declaro, pues, y vengan cuchufletas, que entiendo de trapos, y sé perfectamente cuándo, cómo y por qué va bien ataviada una señora. Pues con la autoridad que me presta mi explícita y valerosa declaración, digo que Rosa, la pobrecilla, después de tantos esfuerzos, de con-

sagrar exclusivamente su vida y sus escasos recursos á deslumbrar á Marineda y atraerse las censuras de todas las personas sensatas... iba mal, rematadamente mal; para alguien entendido y exigente en achaques de gusto, tan mal, que era un dolor.

Los quince vestidos contados por Remedios Veniales, en realidad no pasaban de seis; pero la maña de Rosa consistía precisamente en disfrazarlos con tal arte, que nadie pudiese decir al verlos: «Mascarita, te conozco». Aquellos pichoncitos caseros mudaban la pluma cada semana. El negro, de seda brochada, emulaba á Proteo, según las transformaciones que sufría, ya por medio de lazos amarillos, ya de plegados verdes, ya de encajes blancos, ya de flecos de azabache; el cuerpo unas veces lucía escote cuadrado, otras una pañoleta, cuándo unas hombreras anchas, cuándo unas mangas de color pegadas la víspera. No le iban en zaga las metamorfosis del blanco, con el cual logró Rosa chasquearme á mí, pues los visos y cubiertas que recibía el traje lo hacían parecer enteramente distinto, inédito. ¡Qué diré de cierta casaquita de veludillo azul, ora guarnecida con densa piel, á la usanza rusa, ora velada por vaporosas gasas que remedaban nubes sobre un celaje puro!

Yo sabía perfectamente que tan laboriosas combinaciones harían sonreír de lástima á una verdadera *lionne*, de las que encargan sus trajes por cajas y docenas, y desdeñan la ciencia humilde y práctica de *aprovechar las sobras*.

Yo comprendía que el supuesto «lujo asiático» el «boato» de la chica de Neira, era en realidad penuria, y que con aquellos cuatro pinguitos, en Madrid, Rosa no pasaría de ser una de las bellas cursis en quienes nadie repara, y que desfilan por la ancha y soleada acera de la calle de Alcalá, ó por las avenidas de Recoletos, oyendo piropos, á caza de un marido *serio* que las saque de penas. Mas, como decía el gracioso pedante moratiniano, todo es relativo en este mundo; y para Marinada, y sobre todo para la menguada renta de D. Benicio, el teje-manaje de trapeteo en que andaba Rosa era excesivo y alarmante. Aquellas pobreterías—no me cabía duda—desequilibraban el presupuesto, como lo podrían desequilibrar, si fuese mayor, los cajones llegados de París y las facturas del joyero y del peluquero de fama. La economía y el lujo son palabras que carecen de significación, si no se consideran relacionadas con condiciones individuales y sociales. Aparte de que Rosa, en realidad, gastaba demasiado—pues esas vueltas y revueltas á un pingo, que al fin pingo se queda, nunca dejan de costar algunas pesetillas, y donde hay pocas todo abre surco—en Rosa concurría una circunstancia que hacía más visible y escandaloso lo que daban en llamar su lujo; y era su belleza misma, su belleza triunfadora y resplandeciente.

En Rosa, el más insignificante trapito causaba alboroto, porque se veía de cien leguas. Los colores en ella parecían más vivos, los adornos más caprichosos y ricos, las flores más lozanas,

la seda más crujiente, más atrevidos y provocadores los *esprits* y plumas de los tocados. Mientras las hijas del archimillonario Chucho Díaz, encargando á Madrid y á París la ropa, no lograban que nadie fijase en ellas los ojos, y parecían vestidas siempre con un mismo traje usado y de medio color, en Rosa las telitas peseteras y las puntillas de á real adquirían un aire de opulencia, majeza y frescura que les centuplicaban el mérito y el precio. Rosa ponía la moda en Marinada, y como á toda reina social, se la criticaba y se la imitaba á destajo.

Lo más singular es que D. Benicio, en medio de la gran confianza que conmigo tenía y que iba en aumento, lejos de quejarse del excesivo gasto de Rosa, alababa su economía, arreglo y habilidad.

—Es extraordinario—solía murmurar muy babosillo—cómo se las bandeja esa muchacha. De un cuarto hace veinte. Oirá usted decir por ahí que derrocha, que tira el dinero. No, no, si ya sé que se murmura. ¡Infamias y picardías de la gente envidiosa, cuya maldad conozco! La pobre Rosa hace milagros. Aparece así... decentita... hasta elegante... en ella todo resulta... Claro; como que la figura la acompaña. Si fuese una cucaracha, una feróstica, de poco la serviría adornarse; porque aunque la mona se vista de seda... Lo que yo le aseguro á usted es que el ramo de trajes de Rosa no lo noto en mi presupuesto. Creo que con doscientos reales al año se las compone la chica. Vamos, que no he visto otra de más disposición.